



SOCIEDAD DE ESCRITORES DE CHILE

Alerce

En Simpson 7

La Palabra y la Pólvora: 83 Años de la Sech

Celebramos hoy los 83 años de la fundación de la Sociedad de Escritores de Chile y quisiera recalcar la palabra sociedad, tan ausente en el debate del último tiempo, porque el vocablo texto, que nos convoca a todos, significa tejido, y el tejido social, el movimiento social en la historia de este país, ha estado indisolublemente vinculado a la palabra. Con la palabra ocurre, en Chile y el mundo, lo que con la pólvora. El Siglo XX nos sorprendió, en su comienzo, con explotadores que tuvieron que enseñar al trabajador a usar la pólvora para sacar las riquezas de la tierra, y esa misma pólvora fue convertida en mecha por los obreros, dando la partida a la articulación más grande que ha conocido esta sociedad. Lo mismo ocurre con la palabra. En esos mismos años, el movimiento que despierta del mundo de los trabajadores, del mundo de la intelectualidad, del mundo vinculado a las letras, echa mano de la palabra justamente para levantar la voz y decir aquello que las élites no querían señalar aunque tuviesen toda la industria editorial a su antojo. El Siglo XX empieza con una población casi enteramente analfabeta, pero el proceso de industrialización, que tenía como correlato la progresiva formación de la organización de trabajadores e intelectuales, también tuvo entre sus contradicciones la necesidad de ir letrando a ese chileno humilde, y ya en el año 1920, el 50% de la población leía. Entonces, los conflictos sociales no solamente podían ser leídos, sino también denunciados. Y allí los grandes centros culturales vinculados a la palabra tomaron el podio una y otra vez para señalar algo más que un simple gusto literario: manifestar esa contradicción social que se estaba forjando. La Federación de Estudiantes de Chile toma la doble misión de ser, además de representante de la esfera académica, líder en términos de hacer valer lo que serán los derechos sociales y políticos, por una parte, y, por otra, ser buena parte del semillero y la expresión de las primeras grandes letras chilenas. Por los Juegos Florales pasaron, como ustedes saben, Gabriela Mistral, Pablo Neruda, Vicente Huidobro y tantos otros. En ellos no es posible separar el desarrollo de la palabra de ese desarrollo social al que yo me estoy refiriendo. Si los estudiantes fueron perseguidos ya entonces, en 1931 van a coincidir dos hechos en la segunda mitad del año. Hasta el 7 de septiembre, tiene lugar lo que se llamó, bajo el confuso gobierno del vicepresidente, la Insurrección de la Marinería o Revolución de la Escuadra; es decir, dos profesores contratados por la Armada para hacer instrucción en alta mar a la suboficialidad fueron capaces de convencer a esos muchachos en formación de que había que levantar la voz de una vez respecto de la injusticia social. Esa situación que tuvo al país de cabeza y que finalmente obligó a las autoridades de turno a reconocer la cuestión social que incorporará también la consideración salarial, por ejemplo, tuvo su exacto correlato en ese mismo momento y, sobre todo, meses después, con la fundación de la Sociedad de Escritores de Chile. Corre el 7 de noviembre de 1931 y no es una mera coincidencia. La Sociedad de Escritores no se crea para gusto personal de algunos, porque para eso ya existían los clubes literarios. La Sech se plantea la formación social e intelectual del ciudadano chileno en general y, como tal, va a defender derechos que van mucho más allá de las letras. La creación, por ejemplo, del Premio Nacional de Literatura dice relación con el reconocimiento que se hace al escritor como trabajador de la palabra, de hombre al cual la institucionalidad cultural no le reconoce derechos laborales, hasta la fecha.

Y ese movimiento que toma cuerpo en la fundación de la Sociedad de Escritores de Chile, y que tiene como gran aliado a la Federación de Estudiantes, va a ir esculpiendo, por una parte, la articulación de los grandes escritores, pero también la articulación social, ese



tejido social que nos remite de nuevo a la palabra texto y de nuevo a la literatura. La Sociedad de Escritores de Chile va a tener miembros, representantes y presidentes de una tremenda estatura. En 1931 recién salía de su relegamiento Julio Barrenechea, extraordinario estudiante del Liceo de Aplicación, del Instituto Nacional, de la Universidad de Chile y luego presidente de la Sociedad de Escritores, un destacadísimo parlamentario y uno de los más grandes oradores que ha tenido este país. Qué quiero decir con esto: No es posible pensar políticas públicas, en ámbito alguno, pretendiendo esconder en un patio trasero la palabra y el mundo de la cultura. Aquí, esos hombres, esas grandes firmas han dicho lo suyo: sin ser estrictamente feminista, por ejemplo, Gabriela Mistral puso el tema de la mujer sobre la mesa de debate, no de Chile, sino de toda América Latina. Y en esa interlocución intelectual en nuestro país, grandes escritores fueron aportando hacia la progresiva visibilización de los derechos públicos y políticos de la mujer, derechos que en el día de hoy todavía son conculcados, porque quiero recordar que, en este país donde hoy las trabajadoras todavía reciben el 33% promedio menos de salario que los hombres por el mismo desempeño e igual función, hubo voces señeras, mucho antes: Elena Caffarena, María Luisa Bombal y Stella Díaz Varín, entre tantas otras cuyo nombre yo reivindicó, porque no solamente ejercieron la pluma de manera magistral en el ámbito del ensayo, de la poesía y de la narrativa, sino que también la pusieron al servicio del pueblo. Y esto que estamos diciendo es sumamente importante, porque en 1927, cuatro años antes de esta Insurrección de la Marinería y de la formación de la Sociedad de Escritores de Chile, las autoridades de turno tomaron la decisión de extender el funcionamiento de la Biblioteca Nacional hasta la noche y hasta el día domingo, para que los trabajadores se formasen. Ése es uno de los elementos, ésa es una de las fuentes que explica por qué en los años '30 y '31 ese avance entre la coordinación de trabajadores e intelectuales, encabezado por hombres y mujeres de letras, empieza a ser refrenado por las leyes, por qué empieza esa represión tan brutal entonces. Pero el proceso era inevitable; los trabajadores habían tenido que alfabetizarse, como habían tenido que aprender a usar la pólvora. Esos dos elementos juntos fueron explicando lo que comienza a ocurrir en las dos décadas siguientes, es decir, la Sociedad de Escritores de Chile, por ejemplo, se convierte en un acicate muy eficaz de desarrollo social del país, pero también en la institucionalidad que se estaba forjando. Un país que creía que ya se había terminado de formar poco después de emanciparse, en realidad tenía una institucionalidad absolutamente en ascuas, y lo que va a ocurrir desde el año '50 en adelante es un proceso en que desde la literatura, desde las letras y desde los trabajadores, las organizaciones culturales se pondrán progresivamente al servicio de esa causa social.

Es imposible desvincular el aporte de la Sech a momentos tan importantes como la Reforma Universitaria, que puso en la mesa directiva de la Universidad Técnica del Estado al presidente de la Central Única de Trabajadores, es decir, el máximo referente de los trabajadores elaboraba y discutía políticas públicas también para el mundo estudiantil. Ése es un hecho que no se ha vuelto a repetir en estas latitudes y del que es muy importante tomar nota. Cuando esos elementos se reúnen, las pretensiones de atomización social retroceden, pero siempre van a estar presentes, cada vez que el ciudadano común y corriente

Una publicación periódica de la
Sociedad de Escritores
de Chile (SECH).

Nueva Época, Año 2, N° 7,
Enero de 2014

trate de ilustrarse. Es peligroso pensar; más peligroso todavía si los que pensamos somos capaces de ponerlo por escrito. En esa sociedad el trabajador termina de alfabetizarse, pero en las décadas más recientes esa alfabetización empieza a ser utilizada como una máscara para esconder la ausencia de políticas públicas de cultura, por una parte, y, por otra, la introducción de políticas que, aunque relativas al ámbito de la cultura, van a disgregar al artista en sus distintas visiones, así como busca disociar al trabajador, en general, y al trabajador de la palabra, en particular, porque, insisto, es peligroso pensar y, además, escribir. En este país en que la inmensa mayoría, según las estadísticas oficiales, va a las universidades, éstas hacen bastante menos que lo que hacían cuando ni el 1% de los chilenos se formaba en la educación superior. En esta sociedad, la Biblioteca Nacional se cierra a media tarde y el sábado con suerte funciona a veces. En esta sociedad existe hoy en las bibliotecas públicas un libro cada tres ciudadanos, con todas las restricciones del mundo. Todo esto no es simplemente culpa de una o varias dictaduras militares.

Fue durante el supuesto retorno a la democracia cuando a la Sociedad de Escritores de Chile le quitaron el derecho, desde el Ministerio de Educación, a ser miembro del jurado que elige al Premio Nacional de Literatura. Si los escritores no pueden elegir al mejor escritor, entonces quién. Esa es una pregunta válida para los escritores, pero también para los artistas en general, y se vive, asimismo, la pérdida de la anualidad del galardón, de tal modo que si el que se entregó este año es de narrativa, a los amantes de las letras les llegará el turno de nuevo en ese género en cuatro años más, porque el próximo va a ser de poesía. Esa aberración no es solamente contra la palabra, no es solamente contra el mundo de las letras, es un ataque directo a la posibilidad de que una sociedad completa forme parte, participe y se integre en el desarrollo de esa palabra. A esta sociedad que se da puñaladas en el pecho porque los chilenos no leen, no le importa que el 93% de sus universidades acreditadas no cumpla en sus bibliotecas los requisitos mínimos de volúmenes que pide la Unesco. Pero eso que ocurre en el plano académico, sigue sucediendo en la esfera cotidiana y entonces ustedes revisan la institucionalidad cultural vigente y, en ella, el tejido social no existe, o existe como adorno al cual se convoca para hacer un ritual prelegislativo que después no se toma en cuenta. Esta institucionalidad que hoy día debemos analizar se permite cuestiones increíbles, como que, a pesar de los poemas en que Neruda hereda todos sus trabajos y todas sus pertenencias a los trabajadores, a pesar de que dejó escriturado notarialmente la renuncia a la propiedad intelectual sobre su obra para que se difundiera gratuitamente entre los chilenos, a pesar de todo eso, hay una empresa que utiliza la figura de fundación y el nombre del vate, pero con la firma autorizadora de la junta militar de gobierno, para funcionar hasta la fecha, para vender hasta llaveros con la imagen de Neruda, para hacerse dueña de la propiedad intelectual de un autor y lucrar con una obra que el poeta, que ese destacado miembro de la Sociedad de Escritores de Chile legara a todos. Creo que es deber de quienes amamos las letras, difundirlo, socializarlo, estudiarlo. Y por eso es que cuando la Sociedad de Escritores de Chile participa, se incorpora, de manera entusiasta, como corresponde, a los debates ciudadanos que se abren, sobre políticas públicas, tanto para la creación o no de un Ministerio de Cultura, como para incentivar o no la lectura en el país, hay que hacerlo siempre de manera crítica, porque hace poco la Dirección del Consejo de la Lectura y el Libro señaló en la prensa que las aspiraciones de la Sech sobre recrear una editorial estatal, como lo fue en su tiempo Quimantú, son, cito textual, "una fantasía". Pues bien, si tal es la conclusión hoy, yo quiero que los que escribimos tomemos la palabra de esa lamentable autoridad en el ámbito de la cultura y la hagamos nuestra, pero en el sentido contrario: ¿Fantasía? Sí. Imaginación. Solamente con imaginación, poniendo de nuevo las palabras sobre la mesa del debate y utilizando otra vez, como nuestros grandes fundadores, la palabra para decir lo que quería realizar la sociedad, sólo entonces esa fantasía a la que menosprecia la autoridad, se va a convertir, en manos nuestras, en realidad.

David Hevia
Casa del Escritor
Santiago, jueves 6 de noviembre de 2014.



REFERENCIAS CRÍTICAS EN LA DIBAM

La Sección de Referencias Críticas de la Biblioteca Nacional fue creada en 1968 y su misión es rescatar de la prensa nacional, de todos los diarios, de todas las revistas que entran por depósito legal, lo que se escribe y se publica, sobre escritores. Al comienzo habíamos pensado en literatura, pero ¿cómo separábamos otras cosas de la literatura: la historia, las ciencias... los libros de quienes escriben sobre otros temas? Entonces decidimos poner todo; así que comentarios de libros, entrevistas, biografías, bibliografías, todo lo que aparezca sobre escritores chilenos, lo conserva Referencias Críticas. Desde el año '87 comenzamos a trabajar en computadoras, ingresar la información, procesarla. No existe otra sección análoga en las bibliotecas nacionales de América Latina. Pero hicimos un intento una vez. Roque Esteban Scarpa les propuso hacer una experiencia análoga a partir de un acuerdo de cooperación. Entonces yo y Justo Pastor Mellado hicimos una selección de autores latinoamericanos y la enviamos a los directores nacionales de esas bibliotecas. Y jamás hubo respuesta.

Teníamos guardados, escondidos, los libros que se trajeron desde Perú, y eso era bastante infame. Alguna vez con la señora Marta Cruz-Coke habíamos pensado devolverlos, pero a ella se le planteó que era un problema de Estado, así que no pudimos hacer nada aquella vez. Luego se devolvieron no sé cuántos. Hay un artículo, no sé en qué país está, no me acuerdo, parece que en la misma revista de la Biblioteca, que da cuenta de que Ignacio Domeyko hizo un catastro de los libros, 100.000 libros que se habían traído, un saqueo tremendo, un saqueo... traerse los libros de la Biblioteca Nacional de Lima... Hace poco se devolvió lo que aún se conservaba, pero fueron alrededor de 4.000 ejemplares, lo que representa una cifra ínfima del total. Yo no sé dónde fueron a parar, nadie sabe quiénes tomaron, quiénes se llevaron, cómo se repartieron.

Hacia 1968, cuando creamos la Sección de Referencias Críticas, todo lo que recibíamos nosotros lo volcábamos en una carta y lo llevábamos al correo y les llegaba a sus casas a los escritores, y ellos se daban cuenta de que existe esto y cómo se recopila. Así los escritores empezaron a ir a la Biblioteca Nacional. Yo trataba de acordarme de los primeros, pero estaba el poeta Juan Florit, que era un favorito nuestro. Pero por Referencias Críticas pasaron todos los escritores chilenos. Los más frecuentes: investigadores; los que pasaban por este plan, toda la vida, todos los días, para quienes esto era su casa: don Juan Uribe Echeverría, de los viejos-viejos, y de los nuevos-nuevos, ya no tan nuevo, Floridor Pérez, siempre, y Jaime Quezada; cuando llegaron del exilio, Jaime Valdívieso y Polí Délano, todos. Ahora no veo a nadie.

Juan Camilo Lorca (1945)



ESTAMPAS DE LA VIDA DIARIA

I

Muy sencillo,
tomo el bus que sale al amanecer y regreso.
Hago clases, escribimos cuentos
pienso en ti y en el mar
como un horizonte.
Me río a gritos de la sorprendente y acelerada
vida. Reviso trabajos,
pasa el día,
buenas tardes,
tomo café.
Fumo algunos cigarrillos por la noche,
tengo el reloj inquieto.
demasiado inquieto.

II

Sale el sol
abro la cortina
no hay tú no hay yo
dicen que es un mal final
despertar del sueño
para cerrar un cuento.
Pero este no era un cuento soñado
en el bus del amanecer
que se despidió de ti.

III

Como en el principio
era el caos
recojo las huellas,
los vidrios astillados,
las gotas de sangre.
Rearmo la escena
se descalabra.
La radio emite tu canción favorita,
hay unas lágrimas en el asiento
del conductor
que se quedó dormido.
A lo lejos
muy a lo lejos
una sirena se abre paso por el mar
de las autopistas balleneras.

IV

Las ballenas
toman sol al borde de la playa
estacionadas como autos muertos
a la luz del crepúsculo.
Una imagen que llora
con la voz de las sirenas, es un oráculo
de perros y lobos
para la especie suicida
que toma sol
con vista al mar.

V

La vida pasa demasiado rápido
y es cara.
Muy cara para repetir la toma.
Hay que editar la escena tal cual
con todos los errores y sin doblajes.
Ser responsables. El cielo se cae a pedazos
y los ángeles sangran
sobre el pavimento de utilería.

VI

A nadie le gusta ver escenas trucadas
aquí los ángeles mueren de verdad
o nunca existieron.
Las ballenas ceden sus barbas
para peines y modeladores.
Se retiran de las pistas
arrastradas por grúas.
Es una tragedia y no una comedia
repito
Hagan una lista con las diferencias de fondo.

VII

La carpa se ha volado
estamos al aire.
No hay circo
ni señor Corales
para cobrar entradas.
No posen,
sean honestos
el realismo se paga mejor
cuando duele
y es itinerante.
Todos lo verán
desde el bus que gira
por la rueda de la fortuna.

VIII

Ahora vuelvo a oír
«Conducta en los velorios»,
el archivo que envió Colombine
una noche cualquiera
donde vagamos como todos
sin saber cuál es el final
que aguarda en silencio
lejos. Muy lejos
en el fondo del ciberespacio
o al otro lado del espejo
donde alguien canta:
Adiós, ríos; adiós, fontes;
adiós, regatos pequeños;
adiós, vista dos meus ollos:
non sei cando nos veremos.
Miña terra, miña terra,
terra donde me eu criei...

Lila Calderón (1956)

Narrativa

DOS JÓVENES SOLOS ESPERAN TAXI EN ÑUÑO A

Recuerdo ahora la imagen sangrienta,
irremediablemente destemplada, en una casona de
Ñuñoa cuando vi cómo le hacían un aborto clandestino
a mi joven, a mi muy joven polola, tirada sobre una
mesa, ya que no camilla.

Vi la sangre y vi la sangre fría de la abortera y vi el
rostro de niña y oí los gemidos de mi polola sometida a
un proceso fiero.

Salió de allí caminando. Es una forma de decir.
Ella salió arrastrando los pies mientras se apoyaba en
mí.

Ahora somos dos jóvenes abrazados, solos e
irremediablemente solos, que esperan un taxi en una
calle de Ñuñoa para irnos a su casa.

Ella musitó en mi oído. ¡Virgen María, ayúdanos!

Llegamos a esa casona abortiva una mañana. No
hubo muchas palabras. A mi joven y bella polola la
abortera la hizo entrar a una pieza de esa casona de
techos altos.

Esto ocurrió así: esa pieza tenía una ventanilla
arriba casi en el techo. Yo me puse curioso y subía una
silla y entonces lo vi todo como si fuera un film de
terror realista.

Lo que vi me dio un escalofrío, mi silla trastabilló.

Pensé que no debía seguir mirando.

Pero ya lo había visto todo.

Allí me quedé.

Atónito. Petrificado.

Omar Pérez Santiago (1953)

Director: David Hevia

La invitación está extendida a todos quienes quieran
participar como corresponsales de Alerce en Simpson 7,
planteando ideas, comunicando noticias y enviando
textos al correo electrónico alerce@sech.cl

Página web: www.sech.cl

Encuétranos en Facebook